

DESARROLLO Y PAZ: GENESIS Y CRITICA DE LA IDEA*

Javier Alcalde Cardoza

RESUMEN

El trabajo expone los orígenes de la idea de desarrollo, a comienzos de este siglo, y de las nociones norteamericanas de paz y prosperidad. Analiza los fines y supuestos políticos de la doctrina aliada de paz y prosperidad durante la Segunda Guerra Mundial, que vinculaban el desarrollo económico, la estabilidad política y la paz internacional. Presenta una serie de opiniones críticas de estas ideas, surgidas por la misma época en los Estados Unidos e Inglaterra, en particular aquellas que atacaron los supuestos de la política norteamericana de ayuda al desarrollo. Sugiere, por último, las condiciones generales que deberían guiar, en nuestros días, una nueva búsqueda de desarrollo y paz en el convulsionado Tercer Mundo.

ABSTRACT

The article presents the origins of the idea of development, at the beginning of this century, as well as those of the American idea of peace and prosperity. It analyzes the political rationale of the Allies' doctrine of peace and prosperity during World War II, linking economic development, political stability, and international peace. It also sketches some critical opinions of these notions, articulated in the US and Britain in the 1940's and 1950's especially those questioning the assumptions behind American development assistance. It suggests the general conditions that should guide a new search for peace and prosperity in today's impoverished and agitated Third World.

La idea de desarrollo

Contrariamente a la creencia común, la idea de desarrollo del Tercer Mundo existió desde bastante antes de 1945 y no tuvo su origen en los países del Sur. La promoción del desarrollo no fue primordialmente el resultado de una repentina "revolución de expectativas ascendentes" en las naciones no industriales, sino más bien de una gradual evolución de los intereses y expectativas de las potencias industriales con relación al Sur. En esta perspectiva, la elección del desarrollo por el Tercer Mundo no involucró un proceso histórico de carácter autónomo, a diferencia de lo que sucedió en el caso de la Revolución Industrial y del progreso económico occidental. La idea occidental de progreso

económico y la idea de desarrollo del Tercer Mundo son bastante diferentes entre sí, representando esta última, más bien, una rama de la idea de progreso precariamente conectada con los elementos centrales de la misma y con un marcado contenido ideológico¹.

El fin más amplio que guió a la idea de desarrollo del Tercer Mundo fue el de integrar a los países no industriales como actores relativamente independientes a los sistemas económico y político internacionales. De manera más específica y en una perspectiva histórica, la primera finalidad de la idea, a partir del siglo diecinueve, fue la de inculcar actitudes capitalistas en sociedades tradicionales, buscando formar mejores productores, consumidores y socios para las empresas occidentales.

(*) Este trabajo forma parte de un estudio que el autor viene preparando sobre el tema Desarrollo y Paz Social, en uso de una beca post-doctoral de la Fundación MacArthur para estudios de paz y seguridad internacionales.

Una vez que la idea probó ser atractiva para las naciones no industriales, ciertos desig-nios estratégicos y políticos de las grandes potencias se convirtieron en los más vigorosos agentes para su dinamismo, particularmente en el contexto de las rivalidades de Estados Unidos e Inglaterra con la Unión Soviética y con los países del Eje². Entre los fines políticos de la idea de desarrollo promovida por Estados Unidos e Inglaterra, el más consistente fue el de estimular en las naciones económicamente menos avanzadas pautas de comportamiento que favorecieran la estabilidad política interna y la paz internacional³. Finalmente, con el impacto de la depresión de los años 30, la idea incorporó el propósito moral de erradicar la pobreza de la faz del mundo.

Además de la contribución fundamental de estadistas e intelectuales norteamericanos y británicos, hubo otras tres fuentes de influencia significativas en la formación de la idea. Expertos de la Sociedad de Naciones, primero, y de las Naciones Unidas, después, aportaron sus conocimientos técnicos y su visión cosmopolita, por un lado, para el estudio de los problemas de bienestar material, para los que propusieron soluciones basadas en la cooperación internacional, y por otro lado, para universalizar las nociones occidentales de bienestar⁴. La Unión Soviética, a partir de los años 20, alentó el nacionalismo de las naciones menos desarrolladas, inculcán-doles la idea de la primacía de las condiciones económicas para el bienestar general y posteriormente, a través de su espectacular proceso de industrialización, les presentó un paradigma de desarrollo alternativo al de las potencias industriales occidentales. Por último, sectores de las clases dominantes del Tercer Mundo abogaron por el desarrollo y en algunos casos lo impulsaron, antes de la Segunda Guerra Mundial, con el designio de favorecer sus propios intereses y aumentar el poderío de la nación, incorporando y adaptando en alguna medida ideas extranjeras para este fin⁵.

Los principales componentes de la idea, señaladamente el alcance y contenido del desarrollo propiamente, y las nociones de bienestar económico y pobreza, experimentaron importantes cambios a través

del tiempo, de acuerdo con la evolución de ciertos intereses y creencias económicos, políticos y morales de las naciones industriales.

A través del siglo diecinueve y hasta los años 20, el desarrollo económico se refería a la explotación de los recursos naturales de las naciones atrasadas⁶. En los años 20, tanto la política colonial británica como la Comisión de Mandatos de la Sociedad de Naciones, propusieron, aparentemente por primera vez, la prosecución simultánea e interrelacionada de la explotación de los recursos naturales y la mejora del bienestar económico de las poblaciones de las naciones no industriales⁷. Poco tiempo después, la Sociedad de Naciones expandió aún más el campo del desarrollo y, alentada por los progresos de la ciencia aplicada, estableció la concepción técnica del proceso, entendiendo que la promoción del desarrollo económico y social consistía en la solución de ciertos problemas técnicos concretos. El desarrollo social, que no era explicado, se presumía que se daría como una consecuencia del progreso económico⁸.

Siendo el bienestar de gentes de diversas culturas la meta principal del desarrollo, no se presentaba como una tarea sencilla la definición del contenido de esta meta. En los años 20, los especialistas británicos en asuntos coloniales, plenamente conscientes de la importancia' de las diferencias culturales entre los pueblos, prefirieron referirse al bienestar en términos negativos, como libertad de las lacras sociales más comunes en las colonias⁹.

La preocupación de la Sociedad de Naciones respecto al impacto de la depresión de los años 30 sobre la satisfacción de las necesidades básicas en distintos países, condujo a la formulación de estándares internacionales de nutrición y vivienda. Estos estándares prepararon el camino para la conceptualización de una noción del bienestar de carácter positivo, concreto y universal, que fue propuesta por Eugene Staley en los años 40, sugiriendo la globalización del nivel de vida norteamericano como meta del desarrollo económico mundial¹⁰.

La pobreza y la guerra eran consideradas en los años 20 como los mayores flagelos de la humanidad. La pobreza existente en las naciones no industriales era percibida como un problema económico, pero también como un fenómeno de índole social, cultural y política. Por consiguiente, se le veía como un problema de tal magnitud y complejidad que su eliminación sólo podía constituir una meta de largo alcance en el horizonte del progreso¹¹.

Cuando algunos científicos sociales y expertos internacionales se abocaron, en los años 30, a estudiar los niveles de pobreza en distintos países, optaron, para fines comparativos, por reducir la pobreza a su dimensión económica. Aislada de su contexto social, a la pobreza se le dio una cuestionable apariencia simplista y cuantitativa, la cual, sin embargo, al revelar enormes diferencias en el ingreso per cápita entre las naciones, presentó una situación patética¹².

Durante la Segunda Guerra Mundial, en tanto que los economistas subrayaban la baja productividad como causa de la pobreza en el Sur algunos prominentes estadistas del Norte, bajo la influencia de la doctrina de paz y prosperidad, abogaban por conquistar la libertad de las necesidades materiales en el mundo, en el lapso de una generación, destacando el potencial de la cooperación internacional y la tecnología moderna para esta empresa¹³.

Paz y prosperidad

El Presidente Wilson fue el primer estadista de una gran potencia que vinculó formalmente la prosecución del interés nacional con el logro universal de paz y prosperidad. Convencido por la experiencia de la Primera Guerra Mundial que la autocracia, la política de poder y el imperialismo eran las causas principales de conflicto a nivel internacional, Wilson trató de promover la democracia en el mundo y de acabar con el "estado de guerra" que prevalecía en las relaciones entre los estados. Propuso que los asuntos internacionales fueran manejados bajo la inspiración de principios liberales, especialmente aquellos de mutuo respeto y auto-determinación. Al mismo tiempo, Wilson persi-

guió la expansión del comercio exterior norteamericano, asociando singularmente, a nivel retórico, su promoción con la extensión del bienestar económico a través del planeta. De esta manera, Wilson efectivamente unió en su discurso la libertad, la justicia y el bienestar económico como metas de la acción internacional de Estados Unidos¹⁴.

Más de diez años después de la caída del internacionalismo de Woodrow Wilson, en los años 30, como consecuencia de la simultánea declinación de los niveles populares de vida en Europa y el creciente armamentismo de algunas potencias, la opinión internacional vino a preocuparse nuevamente por la mejora del bienestar económico como condición esencial para la paz. Los órganos económicos y sociales de la Sociedad de Naciones concentraron su atención en tentativas encaminadas a resolver algunos problemas económicos básicos comunes a todos los estados, con la esperanza de crear una nueva base para una duradera cooperación internacional¹⁵.

Con el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, secundado por Inglaterra, asumió un rol mundial, reviviendo la idea de paz y prosperidad como un propósito universal legitimador de su liderazgo. El fin político de Estados Unidos, fortalecido por una marcada corriente de idealismo, era el de estimular el crecimiento económico a nivel mundial para erradicar la pobreza y promover la formación de gobiernos democráticos y amantes de la paz, contrarrestando la influencia del comunismo y de los regímenes totalitarios. Se trataba de una combinación de las ideas wilsonianas y de una aproximación técnica al progreso económico y social. Estados Unidos quería hacer prevalecer su poder económico dentro de una economía internacional de carácter liberal y al mismo tiempo establecer una benigna hegemonía para impulsar la democracia en el mundo.

La Declaración de las Cuatro Libertades del Presidente Roosevelt y la Carta Atlántica, suscrita con Inglaterra, establecieron las pautas para las acciones de las dos potencias durante la guerra y en la inmediata post-guerra. Una pauta fundamen-

tal era la de tratar (Je aumentar la prosperidad de las naciones del planeta. Las relaciones de Estados Unidos e Inglaterra con las naciones menos desarrolladas y colonias, a partir de esos momentos, indicaron que los vínculos entre las políticas económicas y de seguridad de ambas potencias se habían fortalecido notablemente y que esta conexión tendía a proyectarse después del conflicto¹⁶.

Fines políticos de la doctrina de paz y prosperidad

La primera premisa de carácter general de la doctrina de paz y prosperidad era que la paz mundial demandaba como condición previa el bienestar económico de todos los pueblos. Se consideraba que una economía en expansión constituía tanto una fuente de estabilidad política como un prerrequisito para el establecimiento de regímenes democráticos. La prevalencia de este tipo de regímenes, a su vez, disminuiría las posibilidades de conflictos internacionales. La segunda premisa afirmaba que el bienestar económico de los pueblos podía alcanzarse a través de una intensificación del intercambio internacional.

La prosperidad económica evitaría las guerras, por un lado, fortaleciendo a las naciones débiles y haciéndolas capaces de resistir los embates de las potencias expansionistas y, por otro lado, disminuyendo la inclinación de individuos y grupos hacia la violencia. La democracia era vista como garantía de libertad y como contraparte del liberalismo comercial, cuyo predominio impediría el resurgimiento del nacionalismo económico —la gran plaga de los años 30— y de los conflictos internacionales que a él se atribuía.

Durante los años 40 y 50, hubo un esclarecimiento de los supuestos y fines políticos de la promoción internacional del desarrollo, especialmente en Estados Unidos, el cual como líder y financista mundial se convirtió en el vórtice intelectual de la reflexión sobre el nuevo orden internacional. Inicialmente en el contexto de la doctrina de paz y prosperidad y, poco después de la guerra, en la doctrina de con-

tención del comunismo, se planteó una serie de presuntas conexiones entre el progreso económico, la estabilidad política y la paz.

Durante la guerra, era manifiesta una tendencia entre los intelectuales a subrayar las causas económicas del conflicto, tales como el nacionalismo económico, el imperialismo, las presiones demográficas, el desempleo masivo y la competencia entre las potencias por el acceso a materias primas y a mercados para sus manufacturas. También se mencionaba la desigual distribución de la riqueza a nivel nacional e internacional como una importante causa para la agitación¹⁷. Particularmente con relación a las naciones atrasadas, se veía el hambre como promotor del desorden social y de revoluciones, considerándose que la irrupción de la violencia en cualquier parte del globo contribuía a incrementar el nivel de tensión mundial¹⁸¹⁹. Por consiguiente, uno de los principales problemas cuya solución se reservaba para la hora del retorno de la paz, era el de aliviar las presiones económicas que empujaban a individuos y pueblos hacia el conflicto²⁰.

En verdad, la opinión mayoritaria de los intelectuales era que los factores económicos constituían una causa mediata más que directa para el conflicto, viendo en la penuria económica una circunstancia que tornaba a las personas más receptivas a filosofías apologéticas de la violencia²¹. Sin embargo, una influyente teoría de la época, el funcionalismo, llevó un poco más adelante sus planteamientos, afirmando que la pobreza, la inseguridad económica y la injusticia social eran las causas mismas de la guerra²².

Positivamente planteadas, todas estas opiniones enfatizaban la satisfacción de las necesidades materiales como un prerrequisito para la paz. "Mientras más próspera y (económicamente) segura se encuentre la población de cualquier país", afirmaba Robert Maclver en 1943, "menor es el peligro de que se divida en facciones extremistas"²³. En Estados Unidos se criticaba a los estadistas y políticos que concebían la paz mundial sustentada exclusivamente en arreglos políticos²⁴. En los años 40, Washington, invocando como me-

ta suprema la paz mundial, sostuvo que la libertad económica, entendida como libre comercio, era la ruta hacia la prosperidad. Hacia fines de la década, el mayor interés norteamericano pasó a ser la estabilidad política de las naciones del Tercer Mundo, un presunto corolario de la prosperidad críticamente vinculado con la estabilidad del sistema internacional²⁵.

El desplazamiento del interés norteamericano del libre comercio a la estabilidad política se debió primordialmente al temor suscitado por los avances de las fuerzas comunistas en el Sur, asociados con movimientos revolucionarios, y de manera más general a la percepción de que las siguientes décadas iban a traer "explosivos cambios" en las naciones en desarrollo, en virtud del impacto múltiple de la modernización sobre culturas tradicionales, el rápido crecimiento demográfico y un creciente nacionalismo²⁶. Esta percepción fue dramáticamente corroborada, hacia mediados de la década del 60, en un célebre discurso del Secretario de Defensa norteamericano, Robert McNamara, en el que sustentó la existencia de una relación directa entre "subdesarrollo" y violencia y afirmó la imposibilidad de estabilidad y orden en el Tercer Mundo sin un proceso de crecimiento económico²⁷.

Una modalidad más elaborada de estas opiniones señalaba que un nivel mínimo de prosperidad entre las naciones facilitarían la formación de una genuina comunidad internacional, la cual garantizaría la paz mundial. En esta perspectiva, algunos autores proponían la mejora de la productividad en las naciones atrasadas como una condición previa para lograr la unidad mundial y disminuir, de esta manera, las fuentes de conflictos económicos y políticos²⁸. Probablemente, la teoría funcionalista representaba la mejor expresión de esta modalidad, proponiendo una vasta red de cooperación entre los estados en materia de bienestar. Esta cooperación permitiría reactivar la economía de las regiones deprimidas, limitar la inestabilidad de los procesos económicos y mejorar los niveles de salud, alfabetismo y seguridad social en el planeta, al mismo tiempo que llevar adelante la construcción de los organismos

de una naciente comunidad mundial.

La creación de las Naciones Unidas sirvió para plasmar algunas de las premisas del funcionalismo. El artículo 55 de la Carta de la organización expresaba el propósito de llevar adelante proyectos de cooperación "con miras a la creación de condiciones de estabilidad y bienestar que son necesarias para las relaciones pacíficas y amistosas entre las naciones". Con relación al Tercer Mundo, el primer Secretario General de la organización, Trygve Lie, afirmó que la pobreza continuaba siendo el principal enemigo de la humanidad y que el desarrollo económico resultaba la más importante tarea de las Naciones Unidas después del mantenimiento de la paz, para lo cual era una condición esencial²⁹. En realidad, con el avance de la década y a medida que las acciones de la Guerra Fría iban minando el rol de seguridad de la ONU, la conquista de la pobreza en el Tercer Mundo fue pasando a ser considerada una nueva tarea de paz de la organización, haciendo más evidente su herencia funcionalista. La nueva tarea era vista como la de construir la paz ("peace-building"), a diferencia de aquellas tareas relacionadas con lograr la paz y mantenerla ("peace-making" y "peace-keeping")³⁰.

La creencia de que el desarrollo económico conduce a la estabilidad política y favorece la formación de gobiernos democráticos alcanzó singular importancia como supuesto de las políticas de asistencia norteamericanas a partir de 1948³¹. En realidad, resultaba muy difícil diferenciar los motivos políticos de los motivos económicos en los programas norteamericanos de ayuda de esa época, pues a los ojos de los dirigentes políticos de Washington, los bajos ingresos de la población constituían el problema principal, tanto en los casos de deficientes niveles de vida como en aquellos de inestabilidad política. La fundamentación de la ayuda era que al facilitar el desarrollo económico promovía la estabilidad política de las naciones pobres y de esta manera mejoraba las perspectivas de la paz internacional³².

El primer objetivo de la ayuda era el de impulsar el desarrollo económico, a través del cual debían cumplirse todos los

demás objetivos. Desde el punto de vista político, aparte de fortalecer la adhesión de los gobiernos recipientes a Washington, se esperaba que el desarrollo aumentara la estabilidad, neutralizara la influencia del comunismo sobre los grupos más pobres y contribuyera al establecimiento o apuntalamiento de instituciones democráticas. En tanto que el comunismo, considerado una ideología de potencias expansionistas y enemigas de la libertad, era visto como una amenaza para la paz, a la democracia se le vinculaba con la coexistencia pacífica. Desde los días de Woodrow Wilson, se pensaba que existían varias razones para que los estados democráticos se hallaran menos inclinados a hacer la guerra, a saber:

—Debido a la ausencia de opresión interna, estas naciones son menos conflictivas y no "exportan" violencia

—Puesto que el hombre común es racional y amante de la paz, el gobierno de la mayoría debería minimizar el riesgo de guerra entre naciones democráticas

—Los estados que acatan el imperio de la ley internamente se hallan mejor dispuestos a regirse por las normas internacionales en sus asuntos exteriores

—Los gobiernos acostumbrados al pluralismo en su sistema político tienden a aceptar la existencia de diferentes ideologías en el plano internacional³³.

Voces discordantes

Las opiniones que hemos reseñado acerca de las vinculaciones entre el desarrollo, la estabilidad política y la paz, aunque eran las dominantes, no escapaban a cuestionamientos en la escena norteamericana de posguerra. Disipando la imagen de uniformidad sugerida por muchos de los reuentos de las ideas características de la época, resulta interesante descubrir que no era escasa la controversia que suscitaban los supuestos políticos de la doctrina de paz y prosperidad.

Había serias dudas acerca de que la prosperidad fuera suficiente para mantener la paz, así como respecto a que los impactos del desarrollo económico y la asistencia externa pudieran, contrariamente a lo supuesto, generar inestabilidad y conflic-

to. Algunos supuestos más específicos de la asistencia económica norteamericana fueron cuestionados en años posteriores.

Eugene Staley, uno de los más distinguidos forjadores de la idea de desarrollo, tenía una noción muy clara de que el proceso "no producía automáticamente actitudes pacíficas". El desarrollo, para Staley, era una condición necesaria pero no suficiente para la paz. Brindaba el potencial que podía permitir a las naciones perfeccionar tanto los medios para la agresión internacional como para la cooperación pacífica³⁴. Staley probablemente tenía muy claro en la mente que las guerras de agresión habían sido característicamente iniciadas por estados con economías en expansión y no por estados atrasados. Por otro lado, el economista norteamericano criticaba la atención exclusiva que se prestaba a los deseos económicos de las naciones no industriales, olvidando sus aspiraciones políticas, tales como acrecentar su independencia, fortalecer sus capacidades defensivas y mejorar su status y prestigio internacionales, las cuales, de no ser atendidas, podrían empañar las perspectivas de paz³⁵.

El supuesto de que la paz sería una consecuencia de la felicidad material y la comodidad de todos los pueblos (una suerte de "Marxismo de tercera mano" para Staley) era criticado por muchos autores. Lin Yu-tang señalaba humorísticamente que repartir jabones a los hotentotes, mientras los fabricantes norteamericanos de jabones aumentaban sus utilidades, no era definitivamente la senda hacia la paz. El intelectual chino encontraba que la causa principal de las simplistas creencias de la doctrina de paz y prosperidad era una estrecha visión economicista del hombre, que carecía del sustento de una auténtica filosofía de la paz³⁶. Por otra parte, Kenneth Boulding, aun siendo un economista de profesión, sostenía que las tensiones internacionales en la esfera económica eran de naturaleza ideológica y que la causa última de las tensiones internacionales era la pugna de poder³⁷.

Karl Polanyi también dejaba entrever que el principal problema de la doctrina de paz y prosperidad era la falta de una

filosofía de paz. Polanyi señalaba "una notable escasez de pensamiento político constructivo en nuestra época", perjudicada por una "magra herencia" del economista siglo diecinueve, el cual llegó a negar el problema político con la doctrina del librecambio. Una de las principales consecuencias de la escasa reflexión política contemporánea era el "prematureo universalismo" al que se había llegado, sobre la base de unas cuantas preocupaciones económicas comunes entre las naciones³⁸. A los ojos de Polanyi, la doctrina de paz y prosperidad era probablemente una utopía, inspirada por una audaz ignorancia política, que pretendía eliminar mediante una empresa económica los dos problemas más graves de la humanidad.

La ruta del Tercer Mundo hacia la prosperidad era vista, por muchos estudiosos, preñada de inestabilidad y conflicto. En un debate sobre las perspectivas de una comunidad mundial, en 1947, Theodore Schultz, expresó su creencia de que los efectos de la tecnología moderna podrían resultar aún más adversos para la estabilidad de las sociedades no industriales que las fluctuaciones de corto plazo de sus economías. Mencionando la experiencia de la industrialización europea, recalcó varias consecuencias negativas, tales como el desplazamiento de individuos y grupos, la creación de grandes tensiones sociales y sobre todo el daño infligido a las estructuras e instituciones sociales³⁹.

La opinión de Schultz era congruente con los puntos de vista de dos autoridades contemporáneas en economía y asuntos internacionales. Joseph Schumpeter, el gran teórico del capitalismo y el desarrollo económico, afirmaba que el desarrollo capitalista involucraba un proceso de destrucción creativa, al ir demoliendo continuamente los logros pasados de la sociedad para crear nuevos elementos adecuados a la expansión del sistema económico, haciendo peligrar de esta manera la posición de individuos, grupos e instituciones⁴⁰. Por su parte, Quincy Wright, en su monumental tratado sobre la guerra, aseveraba que el rápido cambio económico y técnico, al producir un desfase entre los cambios sociales y la adaptación de los

individuos y grupos, y trastocar seriamente la posición de las clases sociales, causaba una "excepcional agitación" y "grandes tensiones" en el seno de las sociedades⁴¹.

En el nivel internacional, Quincy Wright temía que la difusión de la tecnología occidental complicara los problemas de mantenimiento de la paz, al proporcionar a algunas naciones carentes de mayor responsabilidad los medios de la guerra moderna⁴². Karl Polanyi, por su parte, expresaba su preocupación acerca de los efectos negativos que podría tener la transmisión de los cambios y ciclos económicos de las naciones del Norte a las naciones en proceso de modernización, recordando que en el siglo diecinueve algunas colonias se habían levantado, tratando de protegerse de la desintegración cultural que les provocaban los contactos con la economía internacional⁴³.

Otra fuente potencial de conflicto fue señalada por Derwent Whittlesey, destacando la desigual distribución de recursos y factores económicos entre las naciones. Whittlesey se refería al hecho de que se había inculcado a las naciones atrasadas la noción de "desear más de lo que tienen" y se preguntaba cómo sería posible evitar las tensiones internacionales en tanto que las naciones pobres no pudieran satisfacer sus aspiraciones o que las demás naciones decidieran rechazar éstas⁴⁴. En este sentido, unos años antes, Sir Donald Cameron, comentando el discurso en que Lord Hailey había sugerido la extensión del Estado Providencia a las colonias británicas, había afirmado que era peligroso agitar las expectativas coloniales, dando a los pueblos atrasados "la impresión de que pueden obtener de las exiguas riquezas de sus territorios más de lo que sus condiciones económicas son capaces de permitir"⁴⁵.

Una observación crítica formulada por Julián Huxley en los años 30 resulta bastante sugestiva para ayudarnos a entender de manera general la vinculación del desarrollo con el conflicto. Huxley opinó que la civilización occidental no debiera ser un modelo para el Tercer Mundo, porque su progreso económico había sido acompañado por fenómenos negativos.

tales como "tugurios y ciudades sobrepobladas, grandes desigualdades de riqueza y oportunidad, discordias entre clases y nacionalismo chauvinista. . . y los horrores de la guerra moderna"⁴⁶. Puesto que, de hecho, el Tercer Mundo siguió la senda económica de las naciones industriales, podemos deducir que, además de los desplazamientos y tensiones provocados por el rápido cambio social, recibió también las simientes de conflicto inherentes al modelo de desarrollo occidental.

Plenamente conscientes del potencial conflictivo del desarrollo económico, varios autores destacaban la necesidad de orden como prerequisite para el progreso económico y social. En el plano doméstico, apuntaban a la necesidad de estabilidad política y de garantías para la propiedad que harían posible la acumulación de capital⁴⁷. En una perspectiva global, Eugene Staley propuso reconciliar el progreso económico con el orden, a través de un programa internacional de desarrollo, que destacaba nítidamente por su pragmatismo y viabilidad al lado de las propuestas contemporáneas de organización internacional y gobierno mundial que perseguían similar propósito.

Viendo el desarrollo como la gran tendencia del futuro, Staley era del parecer que si la conducción del proceso se dejaba a las "fuerzas nacionales sin ninguna guía" y al "juego de los nacionalismos imperialistas", éste se daría acompañado de una sucesión de guerras y revoluciones. El desafío para las potencias industriales era el de diseñar un programa que integrara a las naciones no industriales a la economía mundial de una manera ordenada y que hiciera de su desarrollo "una promesa antes que una amenaza" a la paz y prosperidad de las demás naciones. La transferencia sistemática de expertos, capitales y equipos podría permitir a las potencias industriales canalizar las fuerzas políticas en el Tercer Mundo en armonía con sus intereses económicos e influenciar el comportamiento de éstos hacia la estabilidad y la paz⁴⁸.

Los fines de Staley no eran ciertamente los de un misionero. El creía que el desarrollo económico, de una manera u

otra, cobraría fuerza en el Sur, y aconsejaba a las naciones industriales promover el proceso sobre la base de sus propios intereses. Sin embargo, puesto que el programa esbozado por Staley contemplaba esencialmente la guía foránea del desarrollo, resultaba potencialmente vulnerable a las críticas que por esa misma época se formulaba respecto a la moralidad y consecuencias para la paz de la intervención extranjera en el desarrollo de las naciones no industriales.

Al comienzo de los años 30, el profesor de Harvard William Elliott, impugnaba la moralidad de otorgar a los pueblos atrasados "los beneficios de la civilización", porque veía que esto significaba meramente llevarlos, de manera más o menos obligatoria, de un estadio cultural integrado con su carácter a otro, en el cual se acrecentaba la seguridad económica a expensas de su capacidad de auto-suficiencia⁴⁹. Kenneth Boulding, aunque mayormente animado por un espíritu misionero, confesaba que se sentía preocupado por el tema de la responsabilidad extranjera con relación al desarrollo del Tercer Mundo. Boulding pensaba que los pueblos atrasados llevaban un "tipo terrible de vida", pero al mismo tiempo expresaba su simpatía con el deseo de la gente de "enfrentar sus propios problemas" y defendía la variedad cultural, admitiendo que la clase de sociedad que él representaba "podía no ser la correcta o no ser la correcta para todos"⁵⁰. Arnold Toynbee tenía una visión más definida sobre este punto. Refiriéndose a la penetración de una cultura por otra, señalaba que algunos elementos culturales beneficiosos o inocuos para una civilización, podían tener efectos muy diferentes y devastadores al ser introducidos a otra civilización⁵¹.

Jacob Marschak argumentaba que una de las causas de los problemas internacionales se relacionaba con la excesiva responsabilidad que las grandes potencias sentían por la marcha del mundo. En vez de concentrarse en sus propias dificultades internas, tanto las potencias capitalistas como las comunistas, se hallaban enfrascadas en los problemas mundiales y trataban de "salvar las almas de los demás", de

acuerdo con sus propias doctrinas. Citando varios episodios históricos, Marschak, planteaba su creencia de que las guerras se debían a una perspectiva exageradamente cosmopolita adoptada por ciertas naciones⁵². Con la vista puesta en el comportamiento de las grandes potencias, Marschak estaba, en realidad, haciendo eco de la milenaria opinión de que los esfuerzos sistemáticos por mejorar la condición del mundo devienen causas de grandes calamidades. Kenneth Boulding, por su parte, caracterizaba más específicamente el tipo de responsabilidad que al ser adoptado por las potencias tendía a provocar conflictos internacionales:

(el) tipo de responsabilidad agresiva, el sentimiento de querer salir a salvar el alma de las gentes o sus sistemas sociales, es lo que produce el conflicto... el sentido de inseguridad respecto a nuestro propio destino, el hecho de que queremos tranquilizarnos teniendo un mayor número de gente creyendo lo mismo que nosotros .

Desarrollo e inestabilidad

En tanto que varios intelectuales atacaron los supuestos básicos de la doctrina de paz y prosperidad en los años 40, algunas nociones más precisas que representaban el fundamento político de la asistencia norteamericana al desarrollo, recibieron un nutrido fuego de la artillería de científicos políticos, sociólogos y economistas en los años 50. A medida que la década avanzaba, se hacía evidente que la estrategia de abordar los problemas económicos con el objeto de condicionar la evolución de los sistemas políticos no tenía los resultados esperados en el Tercer Mundo.

En vez de escoger la vía democrática como fórmula para reconciliar el orden con la libertad, los líderes políticos del Tercer Mundo se inclinaban más bien a considerar que la estabilidad política era una condición esencial para el crecimiento económico y a buscarla por medio de la autocracia. Tal como ya había ocurrido antes de la Segunda Guerra Mundial, señaladamente en los casos de Brasil, Irán y

Turquía, los gobiernos del Sur preferían contar con una fuerte autoridad y acumulación de poder para llevar adelante los intentos de transformar las economías de sus países. Pese al autoritarismo, los regímenes políticos mostraban una gran inestabilidad en el Tercer Mundo.

El antecedente de la experiencia norteamericana de desarrollo, en la cual el crecimiento económico se dio parejo con el avance de la democracia, probaba tener poca relevancia para los países en desarrollo. También resultaban ilusorias las expectativas de replicar a través de la ayuda al desarrollo los resultados políticos del Plan Marshall en Europa. Por último, las lecciones del enfoque colonial británico de "la economía antes que la política", que buscaba fortalecer las funciones de bienestar de la sociedad como prerrequisito para la estabilidad política, resultaban inaplicables a naciones independientes cuya evolución no estaba sujeta a una tutela extranjera⁵⁴.

Una de las razones que se sugería para explicar el fracaso del crecimiento económico para influir sobre el sistema político en la dirección de la estabilidad y la democracia, era la existencia de gobiernos que daban poca importancia a la mejora del bienestar popular y que por lo tanto eran incapaces de promover un auténtico progreso económico que sirviera de base para los cambios políticos. Los motivos más poderosos de las naciones no industriales para buscar el desarrollo, por décadas, no habían sido ni siquiera de índole económica, sino de índole militar o nacionalista, persiguiendo el engrandecimiento del poder y el prestigio nacionales. Z. Brzezinski calificaba a los líderes del Tercer Mundo de "elitistas" que se dirigían a sus compatriotas con "poco disimulado desprecio"⁵⁵. En esta perspectiva, la creciente popularidad, a partir de la posguerra, de la noción del desarrollo como una expansión continúa en el consumo general, más bien que la erradicación de la necesidad, contribuyó también al descuido del alivio de la pobreza.

Debido a su primordial preocupación por la estabilidad política a corto plazo, Estados Unidos tendía a no ver con malos ojos el mantenimiento de gobiernos

que tenían poco interés real por el bienestar popular. Las presiones de los inversionistas norteamericanos se aliaban con los temores oficiales de una intromisión comunista, para determinar que las premisas de la promoción del desarrollo desde Washington coincidieran con los intereses creados de los grupos dominantes en el Sur, condenando toda perturbación del orden político, sin tomar en cuenta su origen y naturaleza. De esta manera, tal como observó Frank Tannenbaum a comienzos de los años 60, Washington no pudo entender que la revolución política, o, por lo menos, un cambio significativo en el poder político, tenían que darse antes o al mismo tiempo que la mejora económica y social, especialmente en el caso de sociedades marcadamente estratificadas, tales como las de América Latina⁵⁶.

Ante la falta de reformas, las presiones sobre el sistema político ocasionaban una gama de manifestaciones de inestabilidad, tales como desórdenes civiles, corta duración de los gobiernos y estancamiento en el proceso de institucionalización política, mientras que el potencial revolucionario, lejos de disminuir con estos desahogos restringidos, aumentaba constantemente en las sociedades en desarrollo.

Una segunda razón para la vinculación del desarrollo con la inestabilidad y el conflicto, de carácter más profundo y que tomó más de una década a los científicos sociales descubrir, se relaciona con la propensión relativa de los pobres a la rebelión, antes de iniciarse el desarrollo y durante el proceso. La noción básica que sustentaba la ayuda al desarrollo, la cual afirmaba que este proceso contribuía a atenuar las tensiones sociales, fue puesta en tela de juicio por Simón Kuznets, quien demostró que las primeras etapas del crecimiento determinaban la ampliación de las desigualdades de ingreso. Por consiguiente, Kuznets expresó sus dudas en el sentido de que las sociedades no industriales pudieran ser capaces de soportar las fricciones derivadas de este fenómeno. El premio Nobel de economía observó que los ingresos per cápita de las naciones occidentales antes de la Revolución Industrial eran en muchos casos mayores que los de las naciones atra-

sadas del siglo veinte y sin embargo sufrieron, durante las primeras fases de su desarrollo, grandes dislocamientos sociales y políticos que algunas veces terminaron en guerras civiles⁵⁷.

El politólogo norteamericano Vernon Dan Dyke encontraba que los pobres sin esperanza eran las personas más tranquilas, pero en cuanto una economía estancada comenzaba a crecer y se sembraba la esperanza en el pueblo, los pobres, como también otros grupos sociales, se volvían más exigentes e impacientes y se inclinaban a la protesta y a la violencia⁵⁸. En la misma década del 50, Max Millikan y Walt Rostow, señalaron una serie de acompañantes y consecuencias del desarrollo, particularmente la expansión de la educación y el desplazamiento de creencias y hábitos, que alimentaban la intranquilidad social. Coincidiendo con Van Dyke, Millikan y Rostow, calificaron la noción ortodoxa de que la pobreza generaba revoluciones, estableciendo que los pobres de muchas sociedades tradicionales del mundo no tendían a rebelarse, simplemente porque "pensaban que un cambio en su situación era imposible". La rebelión sólo se hacía concebible cuando el proceso de modernización empezaba a difundir esperanzas⁵⁹.

Hacia el final de los años 50, los científicos sociales norteamericanos compartían la visión de que el desarrollo llevaba a la inestabilidad. Muchos de ellos creían, sin embargo, que el interrogante fundamental no se daba en el plano teórico, en la relación entre el desarrollo y la estabilidad, sino en el terreno práctico, en cuanto a la posibilidad de Estados Unidos de influir, a través de la ayuda al desarrollo, sobre la evolución política del Tercer Mundo hacia el orden y la democracia. Manteniendo el optimismo de Eugene Stanley, dos décadas atrás, los académicos norteamericanos, se inclinaban a responder afirmativamente. Max Millikan expresaba los fines de Estados Unidos en el Tercer Mundo:

Estados Unidos tiene un poderoso interés en promover la emergencia de estados moderados y estables, capaces de satisfacer por lo menos algunas de las nuevas as-

piraciones de sus ciudadanos, y aptos para jugar el rol que les toca en una comunidad (mundial) ordenada e interdependiente⁶⁰.

Edward Banfield era una poderosa voz discordante entre los académicos norteamericanos. Banfield se mostraba escéptico, en primer lugar, respecto a las posibilidades de la asistencia de promover el progreso económico en el Tercer Mundo. Aun en el caso de que pudiera promoverlo, opinaba Banfield, era improbable que estimulara la aparición de gobiernos libres, democráticos o siquiera estables. El desarrollo económico y en particular el desarrollo político, para el profesor de Harvard, sólo podía ser el resultado de ciertas condiciones, a las que se llegaba a través de un lento proceso social endógeno, el cual tenía que operar especialmente sobre la cultura y las instituciones de una comunidad. Las condiciones necesarias para el desarrollo, según Banfield, estaban mayormente ausentes en el Tercer Mundo. Su visión del desarrollo, por consiguiente, era sombría, pero al mismo tiempo tenía brillantes visos de clarividencia:

(La doctrina de la ayuda) no enfrenta los hechos trágicos que constituyen el problema: que vastas áreas del mundo probablemente no alcanzarán una muy significativa y extensa mejora en sus niveles de vida; que probablemente no aprenderán a gobernarse a sí mismas de una manera aceptable; que el grado de desarrollo que se produzca será inspirado tanto por el odio como por la buena voluntad y el respeto moral; que (el desarrollo), por consiguiente, puede resultar un fracaso para Estados Unidos y para toda la humanidad⁶¹.

El más sofisticado esclarecimiento de las vinculaciones entre el desarrollo, la pobreza y la privación material fue realizado por otro profesor de Harvard, Samuel Huntington, a fines de los años 60. Huntington sostenía que en tanto que la modernidad, indudablemente, engendraba estabilidad, el desarrollo, camino para alcanzar este estadio, fomentaba la inestabilidad.

Inspirándose en teorías de la privación material relativa, de los años 60,

Huntington postuló la existencia de una brecha en las sociedades en desarrollo, entre el gran dinamismo de las expectativas económicas, impulsado por los procesos de movilización social, y la relativa escasez de oportunidades para el progreso material, debido al menor dinamismo del crecimiento económico. El profesor norteamericano subrayaba, en realidad, un desequilibrio entre los procesos sociales y económicos de modernización inherentes al amplio modelo de desarrollo adoptado en la mayor parte del Tercer Mundo. El resultado de la brecha era frustración social, la cual generaba demandas de participación política. Como el bajo nivel de institucionalización política en las sociedades en desarrollo no permitía canalizar las acrecidas demandas de participación, la consecuencia era inestabilidad política, en la forma de intentos anómicos o no estructurados de participación, que adoptaban las modalidades de demostraciones, enfrentamientos, desobediencia civil, violencia política e insurrección⁶².

La hipótesis de Huntington fue objetada, sobre todo a base de argumentos que sostenían que en la realidad una gran proporción de la frustración social tiende a derivarse hacia manifestaciones apolíticas, tales como el alcoholismo, la delincuencia y la violencia intra-grupal. Estas objeciones, sin embargo, no mellaron en lo mínimo la capacidad de la hipótesis para explicar de manera plausible y sugestiva la vinculación del desarrollo con la inestabilidad y el conflicto sociales y para dar con ello definitiva sepultura a la noción de que el desarrollo conduce a la estabilidad⁶³.

Hacia una nueva búsqueda de desarrollo y paz

Todos los argumentos examinados en las dos secciones anteriores nos sugieren que las premisas que han sustentado la promoción internacional del desarrollo y la asistencia externa, bajo la presunción de una correlación positiva entre el desarrollo, la estabilidad y la paz, han sido peligrosas verdades a medias, aparentemente originadas en una actitud ingenua o ideológica. En realidad, parece ser el caso de que el de-

sarrollo, entendido simplemente como aumento de la producción y el consumo, y con favorables implicancias para la inversión extranjera y el comercio internacional, ha sido visto por muchos grupos, en las naciones industriales y en organismos internacionales, como un fin en sí mismo más que como un medio para la paz. En efecto, la pretendida vinculación del desarrollo con la paz, al mismo tiempo que aumentaba a nivel mundial la legitimidad de un proceso de extraordinario interés económico, sirvió a los gobiernos de las potencias industriales para justificar en una dimensión moral y universal el instrumento político a la ayuda, y a las agencias internacionales para asegurar su propia supervivencia y prosperidad, actuando como vehículos de la ayuda multilateral⁶⁴.

A partir de la administración Eisenhower, Estados Unidos intentó contrarrestar la creciente influencia soviética en el mundo poniendo énfasis en propósitos morales en su política exterior, especialmente aquéllos relacionados con la paz y la erradicación de la pobreza. En el caso concreto de la asistencia norteamericana al desarrollo, la estrategia orientada a los valores morales no solamente pudo mejorar la imagen exterior de los Estados Unidos, sino también, internamente, benefició al "establishment" de la ayuda exterior con una generosa adjudicación de recursos presupuestarios.

Por su parte, las Naciones Unidas, respaldada por un sustantivo interés y contribuciones norteamericanos, expandió su programa de asistencia técnica en los años 50 y en poco tiempo convirtió la asistencia al desarrollo en su principal actividad. Naciones Unidas elaboró y proclamó "los ornamentos morales y legales de la necesidad política" de desarrollar el Tercer Mundo, en la feliz expresión de Inis Claude, elevando de hecho el desarrollo del rango de medio para la paz a un fin en sí mismo⁶⁵. Al mismo tiempo que la Guerra Fría iba modificando de manera dramática el ambiente internacional para las Naciones Unidas, socavando su rol de seguridad, y que las naciones del Tercer Mundo engrosaban sus filas dentro de la organización, el lema de "ayuda y

desarrollo" fue desplazando al de "paz y seguridad" como principal justificación de la existencia de la ONU, robusteciendo de manera especial a sus agencias económicas y sociales⁶⁶.

Las ideas de desarrollo y paz han representado una vasta utopía, la cual ha sido explotada por gobiernos y organismos internacionales para propósitos distintos a los originales y para llevar adelante un proceso de desarrollo que ha fracasado ostensiblemente en alcanzar sus metas formales de carácter económico y político en el Tercer Mundo. Estas ideas, en un primer momento, materializaron un noble ideal y estuvieron inspiradas en el plausible esquema de basar la paz en la justicia social y la solidaridad. Sin embargo, sus fines fueron muy ambiciosos y poco realistas, pues buscaban cambiar el mundo a través de un solo proceso, ignorando las sutilezas y complejidades de las distintas culturas y de los organismos políticos y sociales.

El designio original de paz y prosperidad surgió como una reacción moral y sentimental en medio de un dantesco episodio de violencia y crueldad. Tuvo la señal de un idealismo inspirado, acuciado por el espectáculo de la miseria humana, que trataba de construir nuevas creencias y un nuevo orden. Sin embargo, al tiempo que distintos intereses y preocupaciones atenuaron en la memoria colectiva las impresiones de la guerra, las ideas de prosperidad, particularmente aquellas vinculadas con el desarrollo, cambiaron de contenido, debilitando sus conexiones con la justicia social y la paz⁶⁷.

El fracaso del desarrollo ha comprometido la paz social en el Tercer Mundo, generando una situación de privación material y luchas internas que reclama una solución que incorpore elementos mínimos de orden social y bienestar económico. Para enfrentar de manera creativa esta situación habría necesidad de revivir, una vez más, en nuestros días la inspiración de paz y prosperidad. El desafío en esta oportunidad no es el de construir la paz mundial después de un vasto conflicto, sino el de restaurar las bases para la paz interna en un gran número de sociedades, frenando la desintegración y evitando la

guerra civil. La empresa es menos ambiciosa, pero la situación es quizás más dramática. Para llevarla a cabo, hay necesidad de nutrir el sentimiento de las vitalizadoras fuentes de una utopía de bienestar y tranquilidad, pero al mismo tiempo hay que aguzar el intelecto para no persistir en el error de destruir culturas y sociedades para intentar vanamente plasmar esta utopía.

El hecho de que la gran mayoría de conflictos armados ocurra en nuestros días en el Tercer Mundo y que casi todos ellos sean guerras civiles, otorga una nueva relevancia a la búsqueda de la paz interna, la cual tradicionalmente ha sido considerada una suerte de meta intermedia para el logro de la paz internacional, particularmente en la fundamentación de la ayuda al desarrollo. En las circunstancias presentes, en que las guerras entre estados se han vuelto tan costosas, perturbadoras y temidas por la destructividad de la tecnología bélica, y la comunidad internacional, de alguna manera, ha mejorado su capacidad para prevenir o controlar estos conflictos, las guerras internas, el quebrantamiento de paz social, representan el más importante y nocivo trastorno para la vida humana en el planeta.

Los esfuerzos encaminados a

promover la paz interna en las naciones del Tercer Mundo, para ser efectivos, tendrían que dejar de lado el supuesto implícito de que el logro de la paz doméstica y la paz internacional constituye una sola gran empresa. Aunque existen interrelaciones causales entre los dos niveles de conflicto y algunos esfuerzos debieran ser comunes en la prosecución de la paz mundial, la premisa debería quedar clara que los conflictos domésticos y los conflictos internacionales constituyen problemas separados y que la aproximación intelectual y práctica a ellos requiere de distintos enfoques y medidas.

El conflicto social y la violencia en el Tercer Mundo son principalmente la consecuencia de problemas creados o exacerbados por un proceso de desarrollo inspirado, concebido y en gran medida guiado, de manera global y por agentes externos a las naciones en transformación, con un descuido casi total de los rasgos sociales, culturales y políticos de éstas. La solución de estos problemas demanda, fundamentalmente, medidas que sean concebidas domésticamente y esfuerzos que se implementen con autonomía, de acuerdo con las características de cada nación.

NOTAS

- (1) J. Alcalde, *The idea of Third World development* (Washington, D.C., 1987) Overview.
- (2) En los años 20, después de la Revolución Rusa, en los años 30 y hasta 1945, y durante la Guerra Fría.
- (3) Por ejemplo, en las doctrinas y políticas de la Diplomacia del Dólar del Presidente Taft, en el llamado Wilsonianismo, y en las doctrinas de paz y prosperidad y contención del comunismo.
- (4) La expresión principal de esta nueva preocupación de eliminar la pobreza del mundo, estuvo constituida por el trabajo de la Sociedad de Naciones sobre niveles internacionales de vida, en los años 30.
- (5) Alcalde, *The idea of Third World development*, cap. 5.
- (6) Véase, por ejemplo, William S. Culbertson, *International Economic Policies* (New York, 1930), p. 485.
- (7) En el caso de Inglaterra, principalmente para contrarrestar la propaganda soviética en las colonias. Véase Alcalde, *The Idea of Third World development*, cap. 2.
- (8) "Albania, General Report of the Commission of Enquiry presented to the Council on May 12, 1922" *League of Nations Official Journal* (junio 1922).
- (9) Julián Huxley, *Africa View* (New York, 1931), p. 416, y Donald Fraser, *The New Africa* (New York, 1928), p. 10.
- (10) Alcalde, *The idea of Third World development*, cap. 4.
- (11) Joyce Hertzler, *Social Progress* (New York 1928), pp. 475 y 550-571.
- (12) Véase especialmente Colin Clark, *The Conditions of Economic Progress* (London, 1940), quien encontró que el mundo era "un lugar miserablemente pobre". Sally Frankel, *The economic impact of underdeveloped societies* (Cambridge, Ma, 1953), essay 3, cuestionó la comparación internacional de niveles de vida.
- (13) Kenneth Boulding, *The economics of peace* (New York, 1945), pp. 96-97 y la Declaración de las Cuatro Libertades del Presidente Roosevelt al Congreso norteamericano, en enero de 1941.
- (14) Alcalde, *The idea of Third World development*, cap. 1. Debe mencionarse, sin embargo, que aunque a nivel retórico y en conexión con la política comercial norteamericana, Wilson vinculó la paz y el bienestar, en la práctica mostró poco entusiasmo por otorgarle funciones económicas y sociales de alguna significación a la Sociedad de Naciones.
- (15) *Ibid.*, cap. 4.
- (16) Inglaterra en 1941 anunció una nueva política de bienestar con relación a sus colonias, la cual buscaba asegurar la lealtad colonial en el conflicto así como dar estabilidad política a esos territorios y naciones. Junto con Estados Unidos, Inglaterra estableció durante la guerra la Comisión Anglo-Americana del Caribe y el Centro de Aprovisionamiento del Medio Oriente. Estos esquemas fueron creados con fines estratégicos, pero al poco tiempo se encargaron de abordar los problemas económicos y sociales de sus respectivas regiones.
- (17) Herbert Hoover y Hugh Gibson, p. 159, y Robert Maclver, *Towards an abiding peace* (New York, 1943), p. 86.
- (18) John Boyd-Orr, *The white man's dilemma*, pp. 30-31.
- (19) Quincy Wright, *A study of war* (Chicago, 1942), p. 110.
- (20) Hoover y Gibson, p.295.
- (21) Wright, *A study of war*, p. 135.
- (22) David Mitrany, *A working peace system* (London, 1946).
- (23) Maclver, *Towards an abiding peace*, p. 85.
- (24) Wendell Wülkie, *One World* (New York, 1943), p. 142.
- (25) Hacia el final de la guerra, el supuesto básico que guiaba la política económica externa de Estados Unidos era que existía una estrecha relación entre un alto nivel de ingreso mundial y un alto nivel de comercio mundial, desarrollado sobre una base multilateral y bajo el sistema de libre empresa, y que ambos eran esenciales para mantener la paz. En los años 50, las ideas norteamericanas sobre el desarrollo se conectaron inextricablemente con la necesidad de hallar soluciones a los problemas de la inestabilidad del Tercer Mundo y los avances comunistas.
- (26) Edward S. Masón, *Competitive coexistence and economic development in Asia*. En *International stability and progress* (New York, 1957), p. 70.
- (27) Discurso dado en la Sociedad Norteamericana de Directores de Periódicos, en Montreal, el 18 de mayo de 1966.
- (28) Maclver, *Towards an abiding peace*, y Boulding, *The economics of peace*, p. 96.
- (29) Inis L. Claude, *Economic development aid and international political stability*. En Robert Cox, ed., *The politics of international organizations* (New York, 1969), p. 51.

- (30) Discurso de Walter Lippmann en las Naciones Unidas en 1965, citado por Sudhir Sen, *United Nations in economic development* (Dobbs Ferry, 1969).
- (31) El Congreso norteamericano aprobó la Foreign Assistance Act en abril 1948, incluyendo por primera vez después de la guerra, recursos para promover el crecimiento económico en otras naciones.
- (32) Claude, *Economic development aid*, p. 49.
- (33) Véase al respecto, Inis Claude, *Swords into plowshares* (New York, 1971), cap. 11.
- (34) Eugene Staley, *The future of underdeveloped countries* (New York, 1954), p. xiii.
- (35) *Ibid.*, p. 21.
- (36) Lin Yu-tang, *Between tears and laughter* (New York, 1943), pp. 61-63.
- (37) Quincy Wright, ed., *The world community* (Chicago, 1948), pp. 133-134.
- (38) *Ibid.*, pp. 138-139.
- (39) El 23 Institute de la Harris Foundation, marzo de 1947. *Ibid.*, p. 131.
- (40) Joseph Schumpeter, *Capitalism, socialism, and democracy* (New York, 1942).
- (41) Wright, *A study of war*.
- (42) Wright, *The world community*, p. 136.
- (43) *Ibid.*
- (44) *Ibid.*, p. 136.
- (45) Lord Hailey, "A new philosophy of colonial rule", *United Empire* 8, 32 (1941).
- (46) Huxley, *Africa view*, p. 7.
- (47) Boulding, *The economics of peace*, pp. 79 y 83, y Grenville Clark, *A plan for peace* (New York, 1950).
- (48) Eugene Staley, *World economy in transition* (New York, 1939), pp. 283-285.
- (49) William Elliott, *The new British Empire* (New York, 1932), p. 176.
- (50) Wright, *The world community*, p. 142.
- (51) Arnold Toynbee, *A study of history* (London, 1939), cap. xxxiii.
- (52) Wright, *The world community*.
- (53) *Ibid.*, p. 128.
- (54) Un nuevo enfoque adoptado por la administración colonial británica bajo la influencia del African Survey (1938), preparado con la dirección de Lord Hailey.
- (55) Z. Brzezinski, *The politics of underdevelopment*. *World Politics*, IX, 1 (octubre 1956), pp. 57-58.
- (56) Frank Tannenbaum, *Ten keys to Latin America* (New York, 1962), p. 204.
- (57) Simón Kuznets, *Economic growth and income inequality*. *American Economic Review*, XLV, 1 (marzo 1955), p. 25.
- (58) Vernon Van Dyke, *International politics* (New York, 1957), p. 327.
- (59) Max F. Millikan y Walt W. Rostow, *A proposal* (New York, 1957), pp. 19-22.
- (60) Max F. Millikan, *The political case for economic development aid*. En: Robert Goldwin, ed., *Why foreign aid?* (Chicago, 1963), pp. 97 y 107.
- (61) Edward Banfield, *American foreign aid doctrines*. En: Goldwin, *Why foreign aid?*
- (62) Samuel Huntington, *Political order in changing societies*, cap. 1.
- (63) La objeción fue planteada por Joan Nelson, *Migrants, urban poverty, and instability in developing countries* (1969).
- (64) Para la formulación de estas observaciones críticas, ha sido grande la influencia de mis conversaciones con Inis Claude.
- (65) Claude, *Swords into plowshares*, p. 373.
- (66) Jeffrey Harrod, *Problems of the United Nations specialized agencies at the quarter century*. *Yearbook of World Affairs*, 28 (1976), p. 114.
- (67) Especialmente a partir de los años 70, cuando el desarrollo de alguna manera vino a vincularse con la confrontación Norte-Sur hubo una declinación en la asociación del desarrollo con la paz, a nivel de la retórica de organismos internacionales y gobiernos.